

La primera casa

AVNI DOSHI

Traducción de Irene Oliva Luque

gatopardo ediciones 

Título original: *The First House*

Copyright © Avni Doshi, 2026

© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es



Primera edición: noviembre de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © Mariano Peccinetti

Imagen de solapa: © Aranka Israni

ISBN: 979-13-991858-9-8

Depósito legal: B 19107-2026

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para las masis*¹

1. «Tía materna» en punjabi, término de respeto.

Vivir más allá del final de tu mito es algo peligroso.

ANNE CARSON

PRIMERA PARTE

Cuando mi marido entra en el dormitorio que llevamos compartiendo trece años para decirme que ya no quiere seguir casado, me llevo la mano al cuello. Me falta la cabeza.

Mi marido me la ha cortado a escondidas.

El aire de la habitación se enrarece mientras él lo carga de justificaciones, todas las cosas que lo hacen infeliz, las razones por las que ya no estamos hechos el uno para el otro. Le pido que pare, que pare de hablar, ¿no ve que me cuesta respirar? Pone cara de extrañeza, como si no entendiera de qué hablo, como si no la estuviera sosteniendo ahí, justo delante, mi cabeza entre las manos.

Antes de que él llegara, yo estaba sentada a la mesita que uso como escritorio, fingiendo que trabajaba en mi novela. Pero los esquemas y apuntes que había tomado a mano hacía una década ocultaban lo que en realidad llevaba estudiando, calladamente, todo el último año: mi propia carta astral, dispuesta sobre una rueda zodiacal.

Entró en la habitación en silencio, algo poco propio de él. Mi marido hacía ruido al moverse, al comer, al

dormir. Tenía el andar pesado, los suelos de nuestra casa crujían bajo sus pies, su cuerpo cortaba el aire y silbaba allá donde fuera.

«¿Estás muy cansada para hablar?», masculló, y yo di un respingo, su aliento contra mi nuca. Él estaba de pie con las manos en los bolsillos, dando pequeños saltitos como si tuviera que ir al baño.

Inmediatamente tapé la carta. «¿Están dormidas las niñas?», pregunté, indicando con un gesto sus habitaciones al final del pasillo, suponiendo que no podían estarlo, no tan rápido, y consciente de mi tono acusatorio: al fin y al cabo, esa noche le tocaba a él arroparlas. Me fijé en que había cerrado la puerta de nuestro dormitorio.

Era abril, y las flores blancas del peral de Bradford de nuestro jardín se estaban abriendo, expulsando un hedor a semen que se colaba por la ventana abierta que tenía a mi lado. Sin embargo, aquella sensación tan familiar, de repugnancia ante ese perfume, se evaporó en cuanto mi marido se puso a relatar su amargura.

Desde el principio, desde su primera frase, la conclusión era previsible. Todos los argumentos que con cuidado había ido acumulando apuntaban en la misma dirección. Hablaba con soltura de todas nuestras incompatibilidades. Mientras lo hacía, sentí un repentino invierno en mi interior. La habitación se escoró, y luego la tierra, alejándose varios grados más del sol.

Se detuvo en cada detalle: mi mal genio, nuestras peleas y su progresivo empeoramiento en los últimos años, que le habían dejado claro que no teníamos esperanza. Nuestra trayectoria era deprimente. La manera en que yo le hablaba, mi resentimiento, mi desprecio: no podía seguir tolerándolo. Mi rabia lo dejaba sin fuerzas y, en consecuencia, cada día temía volver a casa.

Entonces sentenció: el matrimonio le resultaba imposible, no solo conmigo, sino como concepto. Se había dado cuenta de que no creía en él, de que era una farsa. De todas las parejas que conocíamos, ni una sola era feliz de verdad. Yo no podía negarlo, insistió. Sobre todo cuando era una experta en el tema: noche tras noche, en la cama, me había escuchado diseccionar la vida de las numerosas parejas infelices que conocíamos. La monogamia era antinatural, aunque todos fingiéramos lo contrario. En fin, que pedirle que creyera en una institución en la que no tenía fe alguna era como exigirle que creyera en el dios de otra persona.

Sus argumentos me dejaron atónita. Él no creía en ningún dios. Cuando recuperé el habla, le pregunté si se estaba acostando con alguien.

Hizo caso omiso a mi pregunta y respondió a otras que yo no había formulado. No, claro que no, claro que no se arrepentía de haberse casado conmigo, ni había sido un error, ni buscaba vivir como sus amigos solteros. Siguió recalcando ese punto hasta que me resultó evidente que en realidad sí que albergaba cierto arrepentimiento.

Con la voz entrecortada, le dije que lo quería, que teníamos a nuestras hijas, que también lo querían: ¿qué pasaba con ellas?

Insistió en que adoraba a las niñas, que siempre estaría allí cuando lo necesitaran, que también él me quería, claro, y que las familias no se rompían, sino que simplemente cambiaban. Aquello suponía para nosotros una evolución, nada más.

—No puedes despertarte un día así sin más y tomar una decisión como esta —le dije.

—No es una decisión repentina —replicó—. Llevo dándole vueltas mucho tiempo. —Se quedó de pie delante

de nuestra cama y clavó la vista en su lado, el lado en el que había dormido durante nuestro matrimonio, sin apartar la mirada, como si escudriñara una versión más joven de sí mismo. Luego se tumbó justo ahí, miró al techo con los dedos entrelazados, las manos sobre el pecho—. Lo hago por los dos —afirmó—. Sé que ahora mismo no puedes verlo, pero un día lo verás.

¿Era a mí a quien le hablaba? ¿O a la versión más joven de sí mismo que había aplastado en la cama? Me levanté para acercarme a él, mirándolo fijamente a la cara. Creí que vería la angustia, pero en vez de eso vi que todas sus arrugas habían desaparecido, que los años de preocupaciones se habían suavizado. Por un segundo pensé que estaba borracho. Pero me di cuenta de que lo que dulcificaba su semblante era el alivio.

A la mañana siguiente me desperté en el sofá. Él se había quedado dormido en nuestra cama, tranquilamente, encima del edredón, con la ropa puesta. Yo había estado mirándolo un rato, oyendo sus suaves ronquidos, antes de bajarme al salón a llorar.

Ahora, tapándome la cara con el brazo, veía a las niñas ir de acá para allá sin hacer ruido, entre susurros, buscando el mando a distancia. Sabían que el fin de semana no debían despertarme temprano, en eso por lo menos las tenía bien enseñadas, aunque esa mañana pensé que ojalá me hubiera despertado antes, con tiempo de sobra para tranquilizarme, para que no pudieran leerme en la cara los acontecimientos de la noche anterior. Seguí allí tumbada, petrificada, hasta que se cansaron de buscar ese mando que estaba en la mesa justo delante de ellas. Con los ojos entornados, miré hasta que por fin salieron de la habitación y, en calcetines, subieron corriendo las esca-

leras aporreando los peldaños. Suspirando, me obligué a enderezar la columna, y me puse de pie.

En la cocina, levanté el pasador y empujé las ventanas de encima del fregadero para abrirlas. La mañana era fresca, trinaban los pájaros en los árboles. Los más escandalosos eran las pequeñas cotorras verdes del sur de alguna parte que se habían escapado de una jaula en el aeropuerto JFK y, no se sabe cómo, se las habían apañado para sobrevivir al duro invierno del noreste. El ruido de este barrio residencial siempre me había agobiado. Los aviones lo sobrevolaban, a veces también helicópteros. Los vecinos, nuevos ricos, siempre andaban haciendo reformas, taladrando, aserrando, martilleando. Furgonetas de reparto transportaban cajas varias veces al día; camiones grandes, con motores y frenos, deteniéndose, arrancando, abriendo y cerrando sus puertas y persianas. Fumigadores, paisajistas, jardineros, siempre trabajando, entrando y saliendo en vehículos, el zumbido de sus sopladores de hojas, los tractores cortacésped que pasaban volando de un lado a otro. Vivíamos en un vecindario lleno de verde, y siempre había hierba más alta de lo necesario, siempre había alguien segándola, así que respirábamos un cóctel de aromas vegetales, pesticidas y gasolina.

Anoche se le fue la cabeza. Mi marido era un buen hombre, no de los que una mañana se despiertan y dejan a su mujer. Su sitio estaba aquí, en su hogar, con sus hijas. Pero también veía que estaba frustrado con nuestra relación, puede que con su vida en general. Metido en un atasco a diario, cruzando un puente que en realidad parecía un aparcamiento, para ir a una oficina donde no lo valoraban y volver rendido a casa, insatisfecho; no era de extrañar que lo único que quisiera fuera quedarse dormido delante de la tele. En el trabajo, no había ascendido como

esperaba. No íbamos sobrados de dinero, pero nunca lo hablábamos a las claras.

Lo entendía. Yo también sentía como mermaban el deseo y el interés. Y si en este momento nuestra situación no fuera tan frágil, le habría confesado que mi sufrimiento había sido aún mayor. Al fin y al cabo, era yo quien había parido a dos hijas de mi cuerpo y experimentado el posterior agotamiento. Los cambios físicos que soporté, el desgaste de energía. Mi memoria ya no era tan buena como antes y me costaba concentrarme en la escritura. Al leer bizqueaba, incluso con las gafas puestas. Había sido él quien había querido tener hijos y al final era yo quien las cuidaba.

Sin embargo, no tenía ningún interés en convertir aquello en un concurso de quejas. Sabía que él necesitaba apoyo, y yo estaba allí para dárselo. En cierto modo, era de esperar: el planeta Urano se oponía a su posición natal tanto en su carta astral como en la mía. Las ansias de cambio, de agitación, hasta de caos. Pero en el epicentro de todo, comprendí que mi marido sentía la inminencia de la muerte y algo lo había sacudido por dentro. Las crisis eran comunes a su edad, puede que incluso un tópico, pero resistiríamos a esos años. Era curioso que, aunque ese aspecto también se colara en mi horóscopo, a mí no me afectara.

Aparté la vista de la ventana y di un respingo. Mi hija mayor estaba allí de pie, apoyada en la isla de la cocina, mirando algo en mi móvil. Le dije que lo soltara, amenazándola una vez más con cambiar la clave de acceso. La pequeña apareció a mi lado, sonriendo de oreja a oreja; le limpié el sueño de los ojos y la ayudé a quitarle las hebras a su plátano. Le pegó un mordisco demasiado grande y escondió la cara en mi axila. Le miré la coronilla y, de repen-

te, quise gritar. No podía entender a mi marido. Era tanto lo que teníamos.

Justo en ese momento él apareció en la cocina, sin resuello y, sin mirarme apenas, saludó a las niñas. Mi marido siempre había sido de madrugar. Que a mí me hiciera falta dormir más que a él era algo con lo que le gustaba bromear. Al principio me había hecho gracia, por aquel entonces estábamos recién casados, todavía acostumbrándonos a vivir juntos, pero la repetición lo había estropeado: había estropeado la broma y mis mañanas contemplativas. Ahora yo empezaba cada día con la sensación de tener que alcanzarlo. Cuando se lo había mencionado, me había dicho que pretendía que fuera algo gracioso, aunque los dos sabíamos que nada tenía gracia si se repetía cien veces, y le insinué que tendría que inventarse una nueva parodia para disimular aquellas críticas. Él había insistido en que yo debía tomármelo más a la ligera. Le recordé que en mi carta astral Saturno estaba en la primera casa. Era raro que las bromas a mi costa me hicieran gracia.

Cuando me dio los buenos días, yo contesté, con retraso; la voz me salió en un graznido y noté que me olía el aliento. Él tenía la cara húmeda y llevaba puestos unos viejos pantalones cortos que ya casi no le entraban. ¿Había salido a correr? No obstante, antes de que pudiera preguntárselo, dio media vuelta.

Salí disparada tras él. Mientras las niñas veían la tele, seguí a mi marido de habitación en habitación por toda la casa, tratando de hacerlo reaccionar después de su absurdo lapsus de juicio. El modo en que habíamos construido nuestras vidas, recorriendo cada fase hasta pasar a la siguiente, como una luna que crece hasta estar llena: noviazgo, boda, convivencia durante una serie de años antes de tener una hija y luego otra; estas acciones lo

demostraban, eran la prueba indiscutible de que estábamos exactamente donde teníamos que estar, de que cada paso que nos había traído hasta aquí lo habíamos dado de manera consciente. Si alguno no hubiera sido feliz, podríamos haber cambiado las cosas en cualquier momento. El caso es que mi marido había querido eso, llevaba más de una década queriéndolo, y si había tenido alguna duda, la había superado, había sopesado sus opciones, había decidido seguir adelante, él y nadie más que él había elegido permanecer en el matrimonio durante todos estos años, *motu proprio* y no a punta de pistola, y si ahora estaba dispuesto a marcharse, esa decisión era una anomalía, una aberración, y quienes lo querían debían protegerlo de la amenaza por su propio bien.

De nuevo en la cocina, le hablé entre susurros de la terapia de pareja, de la posibilidad de volver a empezar, pero él abrió el grifo a tope, llenó el vaso y lo dejó rebosar.

—No eres tú —dije por encima del sonido del agua.

Él se echó a reír, cerró el grifo y dio un buen trago. Luego me miró, rascándose la barbilla. Contra la barba incipiente sus uñas sonaban como el velcro.

—No me conoces.

El desprecio en su voz me asustó. Tendí la mano, pero me esquivó rozándome, diciéndome que llevaría a por *bagels* a las niñas, como hacía todos los sábados, para que yo me quedara sola una parte del día y escribiera.

—Limitémonos a acabar el fin de semana como haríamos normalmente —añadió en voz baja.

Para mí, aquello fue la gota que colmó el vaso. Le solté un bufido:

—¿Quién te crees que eres?

Lo llamé mentiroso, cobarde, tramposo, y me arrepentí al momento.

Mientras miraba a las niñas subirse al coche con su padre, les dije adiós con una mano, aferrándome con la otra al marco de la puerta para no derrumbarme. Llevaba puesto mi camisón favorito, uno viejo, desteñido y gastado, una prenda que mi marido odiaba.

Dentro de la casa, a solas, agarré el mango de la fregona y moví su mocho seco por el suelo de un lado para otro. No podía irse. ¿Qué pasaría con nosotros, conmigo? Me quedaría sola, sola el resto de mi vida, incapaz de mantenerme a mí misma, mucho menos a las niñas. Yo lo quería, y él me quería a mí, no teníamos que decírnoslo todo el rato para que fuese cierto. No podía vivir sin él.

La fregona se me cayó y no fui capaz de recogerla. Bajé la vista. Tenía las manos secas, las palmas agrietadas. Mi marido me había dicho que usara guantes para fregar porque le desagradaba darme la mano. Lo intenté una temporada, pero era como llevar una venda en los ojos. Los vasos se me rompían, los platos se me resbalaban y salían disparados. La protección era una promesa escurridiza.

Con la mirada fija en la fregona, sentí que el suelo se abría bajo mis pies y supe que no había límite a lo bajo que podía caer.